



DÉCIMATERCERA VISION

Pero si tenia los ojos cerrados, su corazon no dormia: habria soñado con Cedar aún á las puertas de la muerte. El amor que la consumia por el celestial esclavo hacia circular oleadas de lava por sus venas infantiles; sus sienas latian con fuerza y su respiracion no era otra cosa sino un prolongado suspiro. El sitio en que la mirada de Cedar habia caido sobre ella fulguraba en la sombra como abrasadora chispa. El silencio estaba lleno de su voz: cada hora, inmensa, interminable parecia trascurrir cien veces; en su insensata expectation hubiera deseado que de la aurora á la noche sólo mediara un instante; hubiera querido tener un solo pensamiento para devorar la ausencia, y eternizar al propio tiempo el espacio entre la noche y el dia así como su amor.

En vano sus esclavas temblorosas, arrodilladas á sus piés, se esforzaban por distraer sus ociosas é indolentes horas, y encomiaban la naciente belleza de su rostro, ponderaban la insípida voluptuosidad que inspiraba halagando su amor propio, le hablaban á porfia del poder de sus atractivos, buscaban con afan su confianza y lloraban si lloraba; en vano Nemped, solícito por anticiparse á sus deseos, pasaba la

mano por su hermosa frente acariciando sus cabellos, y al observar la tristeza de sus encantadoras facciones la preguntaba qué idea podía apenarla de aquel modo.

Una mirada había decidido de la vida entera de Lakmi, que se apartaba de la gente, huía de ella, y se retiraba á la sombra de la más espesa arboleda; el cedro no difundía ya tanta sombra como ella deseaba; amparábase, aislada, de su melancólico ramaje, y se alejaba de él para ir á sentarse en actitud meditabunda á la orilla de las corrientes. Pasaba el día mirando en las fuentes de mármol cómo flotaba el nenúfar, ó caía la hoja del árbol, ó escuchaba el paso de la brisa, ó el murmullo del manantial, pero en ningún sitio podía permanecer mucho tiempo; é impulsada secretamente por un instinto indefinido, mudaba á cada instante de lugar y de pensamiento. Los espectáculos divinos, los feroces placeres, que constituían el recreo de sus crueles miradas, no distraían ya su caviloso abatimiento; su corazón esquivaba los horrores de la orgía, como si un rayo de luz que lo decolorara todo la hubiera hastiado por fin de sus desmanes. Al ver aquellos Titanes, monstruos de rostro humano, su adoración se convertía en odio, y si su voz hubiera podido inflamar el rayo, su desprecio los habría exterminado á todos á la vez. Siendo cómplice involuntaria de sus crímenes, los execraba; desviaba de ellos la vista ó compadecía á las víctimas; desde el punto en que su mancillado corazón se abrió al amor, pareció reanimarse en él un germen de virtud, y á falta de inocencia, el disgusto del vicio empezaba á regenerar aquella infancia. Mas, aunque odiaba á los dioses, como era demasiado débil para herirlos, su último vicio consistía al ménos en engañarlos, y así lo hacía ocultándoles su corazón como un misterio.

No bien tendía la noche su manto sobre la tierra, emprendía el camino del calabozo de Cedar, desaparecía con la lámpara en la mano, y corría á recrearse hasta la salida de

la blanca aurora en la contemplación del sér á quien adoraba: cada día que pasaba lejos de él, se acrecentaba su pasión. Mucho ántes de llegar á su lado, experimentaba su corazón deliciosas sensaciones; una mezcla confusa de respeto y de ternura contenía sus pasos que su pasión le inducía á apresurar, y al presentarse ante él, con la frente inclinada y casi sin voz, tenía tanto miedo como en su primera entrevista. Al contemplarle á cierta distancia, en su triste actitud, admiraba aquellos miembros plegados á sus hierros por el hábito, aquel cuerpo que se estremecía á los reflejos de la lámpara como un dios que sale rejuvenecido de su tumba; aquella frente ennoblecida por su tristeza divina; aquel cuello doblado, aquellos brazos, aquel pecho varonil, aquel naciente vello que hacia resaltar el color marmóreo y aterciopelado de su piel, el brillo de sus ojos velados por los párpados cuyo húmedo esplendor habría derretido las piedras, y sus labios entreabiertos cual las volutas de los lirios y en los que estaba impresa una suave melancolía, labios que, no atreviéndose á tocar con sus labios de mujer, inundaba con su alma de tímidos besos.

Así permanecía contemplándole silenciosa hasta que Cedar se dignaba dirigirle la palabra. Así también la luna, saliendo del fondo de las noches atraída por su amor en busca del hermoso pastor hijo mortal de Ciniro, inclinábase sobre su Endimion, rodeándose de amor, éxtasis y luz!

Pero el divino cautivo, á quien tan tierna amistad ablandaba el corazón que experimentaba verdadero placer al poder ensancharse, y que consideraba á aquella criatura sentada sobre sus cadenas como un amigo apiadado de sus desgracias, impaciente por tener alguna noticia de la mujer á quien amaba, de ver brillar en la oscuridad en que estaba sumido algún rayo de consuelo, comenzaba á desahogar su alma en el seno de la amistad. Muy ajeno de suponer que en tan tiernos años pudiera sentirse una pasión intensa, llamaba á Lakmi á su

lado para oirla mejor; no bien llegaba la noche, la aguardaba impaciente, y hacia que se sentase sobre los hierros que le sujetaban los piés; mientras ella hablaba, aspiraba su aliento; sus dedos distraídos jugaban con los negros rizos de la jóven; olvidando su sexo, no echaba de ver la turbacion de ésta ni sus sobresaltos cuando la tocaba, atribuyendo á ingenua compasion los suspiros que entrecortaban sus timidas frases, el débil y tierno acento de su voz que cambiaba á cada instante, y los bruscos movimientos de sus helados dedos. En su constante angustia, aquella criatura le era de día en día más querida; sabia consolarle con tanta ternura, en sus largas conversaciones confundía hasta tal punto su pensamiento con el de Cedar y los suspiros de éste con los suyos, que habia llegado á ser lo único que le inspirara dulce interés y le hiciera contar las horas en su tétrica mansion: ¡la amistad nace tan pronto en el corazon de los desgraciados!... Ya se trataban con cierta familiaridad: algunas veces descansaba Cedar la cabeza en el hombro de Lakmi cual la robusta rama de un roble se apoya en un sauce, y vertia silencioso en el seno de la jóven las lágrimas de amor que rebosaban de sus ojos, causándola con ello un voluptuoso suplicio; pues así como una azucena próxima á marchitarse entreabre su cáliz para aspirar la brisa y beber sin ruido las gotas que le ofrece el rocío nocturno para aplacar su sed, así tambien ella sentia caer en el fondo de su alma aquellas lágrimas derramadas por el amor de otra mujer, y estremeciéndose á la vez de rabia y de amor, sus labios las recogian secretamente de sus dedos!

Cada noche que trascurría contribuía á estrechar tan péfida amistad, y Lakmi, perdiendo á veces su timidez, creía que el inocente placer que á Cedar inspiraba su presencia era en cierto modo síntoma del amor que ella sentia por él, y al separarse de su lado se alejaba desfallecida de tierna emocion, y la abrasaba todo el día el ardoroso fuego de una suspirada caricia.

Cierta noche en que Cedar, expresándose con mayor abandono, habia impregnado su voz de amorosa entonacion, y, arrastrado por la ilusion causada por el error en que estaba, estrechó á Lakmi amistosamente contra su seno, enloquecida ésta por su insensata pasion, creyó ver en aquel abrazo la realizacion de su anhelado triunfo, é involuntariamente partió de su corazon un grito, revelador del misterio de su dicha. Levantó el rostro á la altura del rostro de Cedar, deslumbróse contemplando sus ojos, y con impulso más rápido que el de la abeja cuando se precipita á libar el cáliz de una flor, aplicó sus afanosos labios á la boca del jóven.

—¡Ah! exclamó fuera de sí, ¡por fin prende el fuego de mi alma en la tuya! ¡Por fin me has comprendido, oh Cedar!

Pero éste, apartándola de su boca con ademán de repugnancia como si le hubiera tocado una serpiente, y retirando bruscamente sus miembros replegados, la hizo caer al suelo rodando á sus piés, se restregó con desden los párpados y contempló arrogante cómo se arrastraba por el polvo.

La humillacion, el horror y el asombro hicieron que ambos enmudecieran algun tiempo, á la manera que, despues de rasgar las nubes un relámpago, se sigue un momento de silencio que interrumpe ó precede á la tormenta. Pero Lakmi, recobrando su astucia con sus sentidos, fué la primera en romper el silencio y arrastrándose humilde y cariñosa á los piés de Cedar como un perro que vuelve á acercarse al pié que lo rechaza, y enlazando temerosa sus brazos á las piernas del mancebo, levantó el rostro bañado en llanto y le dijo con voz apagada:

—¡Oh sér cuyo desprecio me derriba á tus plantas! ¿no hallará gracia en tu corazon el crimen de amor? Si te he profanado en un apasionado arrebató, ¿soy yo quien ha cometido esa amorosa falta? Sí, á pesar mio, mis labios han hecho traicion á mi pensamiento! Sí, mi hálito ha empañado

tu esplendor ofendido! No debia ignorarlo, no; el cielo está entre nosotros! Los mortales no deberian hablarte sino de rodillas, y yo, ahogar para siempre en mi alma este amor cuya llama te ha revelado un irresistible movimiento mio, y no descubrirte mi corazon sino despues de reducido á cenizas como el ascua encerrada en la mano! Pero ¿no has alentado tú mismo en el seno de tu esclava, este amor que osa arrostrar tu enojo? ¿No has levantado su abatida frente cuando ella humillaba su cabeza á tus plantas? ¿No la has sentado en tus sagradas rodillas? ¿No has inspirado confianza á su ternura indecisa, dado grata dulzura á tu varonil acento, y dejado flotar tus cabellos divinos sobre su misero cuerpo? ¿No has acercado á tu rostro que tan viva pasion la inspira este corazon en que aún dormia la chispa? ¿No has hecho penetrar en él tu divino aliento? ¿Tengo yo acaso la culpa del incendio que en él ha estallado? ¿La tengo por ventura de que tu mirada celestial, capaz de consumir á un ángel, haya consumido al caer en la tierra el barro de que estoy formada? ¡Tú eres, oh Cedar, quien ha cometido mi crimen! Pero yo lo expiaré con mansedumbre y sumision. ¡Hiéreme, castigame por esta pasion que me abrasa! Bendeciré tu pié si es tu pié el que me pisotea. Adoraré todo cuanto proceda de ti, hasta tu desprecio. Esclava sin esperanza, serviré sin recompensa; yo misma estrujaré en el fondo de mi pecho este corazon que ha profanado tu pureza divina, á la manera que el gusano corroe la dorada fruta del árbol, sin que ni el oido perciba su ruido. Cualquiera que sea la humillacion con que se le antoje deprimirme, cifraré todo mi orgullo en servir á mi rival: la engalanaré con mis propias manos para que tu vista se recree en ella; seré en tu presencia la alfombra de su pié; te hablaré de ella para entretenerte mientras la esperas: tú me dirás: «¡La amo!» y quedaré satisfecha! Yo encontraré mi placer donde tantos otros han encontrado la muerte. Pero no me alejes de la sombra de tu cuerpo; no aplastes con tu pié

á tu rastrera culebra!.... Deja que termine sigilosamente la obra emprendida para proporcionarte la fuga, que roa como un lagarto los muros de esta torre, que te devuelva á la luz del dia, á los desiertos, al amor; y despues destroza, si quieres, con tus hierros caídos á tu esclava, como se arroja la lima cuando se han roto ya las cadenas!....

Y mientras así decia, sus desnudos brazos enlazaban las piernas de Cedar, en las cuales estampaba apasionados besos; arrastrábase por el polvo ensuciando sus hechiceras facciones, y sus lágrimas abrasaban el sitio en que caian. Aquel fingido arrepentimiento mitigó el enojo de Cedar.

—Vete en paz, pobre niña, la dijo.

Y ella salió... pero no con aquella falsa complacencia que la astucia la inducia á mostrar ante él, sino con el corazon rebotando saña por la afrenta sufrida: salió apresurando el paso é irguiendo la frente y desahogando su frenesí con frases entrecortadas.

—No, no, decia alejándose del calabozo; tú me amarás, tú me amarás, cruel, aún cuando sólo sea un instante! Aunque supiera que su beso supremo me habia de matar, he de saborear la felicidad que depara á lo que ama! Yo robaré ese amor que me niega! Y si caigo... al ménos caeré en tus brazos! No escaparás del fuego que me devora. ¡Perezca con Lakmi este olvidado palacio! ¡Degüéllense mutuamente esos crueles Titanes! ¡Sepúltese su Babel en sus cimientos con tal que mi ventura preceda á su suplicio, y que Lakmi, mezclando su júbilo con el general esterminio, lleve consigo al morir su ensueño realizado!

.....
Mientras tanto el palacio era un semillero de intrigas, y Nemped no perdía de vista tantos y tan amenazadores manejes. No habian escapado á sus miradas, que por do quiera veian asechanzas, las tramas urdidas por Asrafiel; pero aguardaba que su propia astucia, más refinada que la de su rival,

le descubriera su lado flaco para asestarle un golpe certero. Ya columbraba las señales precursoras de la tormenta, siéndole por tanto forzoso ó perecer sin defensa, ó anticipándose á la explosion de la cólera del furibundo gigante, darle su merecido ántes que levantara el brazo sobre él.

Despues de un corto sueño agitado por el terror, atrajo á Lakmi sobre sus temblorosas rodillas diciéndole:

—¡Refléjese en tu alma la llama de mi justa saña, oh tú, que sabes ocultar entre flores el mortífero acero! ¡Hermosa niña cuyo rostro sabe encubrir tan bien la muerte, nube de la mañana en que duermen mis rayos! Guarda en lo mas recóndito de tu pecho el secreto divino que voy á confiarte: Asrafiel ha abierto una mina bajo nuestras plantas: si no apagas la mecha en su mano, mi imperio y Lakmi pasarán mañana á su poder. Serendyb y Znaim son los hilos de su trama: mi venganza no sabe dónde descargarse ni en quién confiar. Si levanto el brazo sobre los conspiradores, mi amenaza impotente precipitará mi muerte; el arma de que se valga mi mano contra ese traidor se volverá tal vez contra mi propio seno. En tan inminente peligro, sólo una salvacion me queda: interponerte, oh linda niña, entre el ojo y el blanco, atraer un momento sus ideas hácia el amor, hacer que tus brazos sean el lazo en que caiga esa alma insensata, y miéntras queda prendido en tus irresistibles atractivos, aterrará á sus secuaces con su repentina muerte. Cortando uno de los hilos, se deshará toda la trama; únicamente la fuerza de Asrafiel inspira audacia á esa muchedumbre y tan luego como él caiga, el complot quedará sin guia y sin objeto; los dioses buscarán en vano un rival que oponerme en los cielos, y mi trono asegurado gravitará sobre sus cabezas. Venganza de Nemphe, ¿estás pronta? ¿Has llenado ya tu seno de los venenos del áspid? A fin de disimular mi pérfido designio, he dispuesto para esta noche en su obsequio la orgía más divina que haya enrojecido jamás la bóveda del cielo. Con objeto de dar

un momento de tregua á sus cábalas pienso embriagarles con embriaguez digna de los dioses, y en tanto que esos mónstruos, aniquilados á fuerza de lúbricos éxtasis, apuran las copas del deleite entumecedor, tú, con la frente radiante de celestial belleza, adormecerás á Asrafiel en tus brazos procurando entre suspiro y suspiro herir su corazón como por un rayo con el veneno sutil que tan bien sabe disolver tu mano. Yo estaré atento á tu obra, y al grito que Asrafiel lanzará, brotará el rayo de mi callado seno: sorprendidos sus cómplices y recelosos unos de otros, se revolcarán en el lodo en que los encenaga su embriaguez, y esos demonios, anonadados, reconocerán en mí á su dios. Ya comprendes lo que de tí espero; ahora, déjame; sé mi rayo! ¡Adios!

Cual sierpe domesticada que se desliza de las manos, fingió Lakmi ser cómplice del infernal designio; llevóse dos dedos á los labios, dilató su seno como si lo aliviara de intolerable peso, y la espantosa imágen del próximo combate de los dioses iluminó su rostro de secreta alegría. Partióse bruscamente de allí; mas en lugar de dirigirse á aumentar sus hechizos, preparándose para las emboscadas de la próxima noche, y á aguzar merced al arte el aguijon de sus atractivos, como otra Lais que confía en sus armas, con paso recatado, negligente y distraído, se encaminó secretamente en busca de Asrafiel.

—¡Oh, tú, el más hermoso de los dioses, rey del corazón! le dijo. Yo soy la hora de subir al trono y también tu hora mortal. Nemphe ha jurado darte esta misma noche muerte, que deberás encontrar en mis brazos: ese imbécil viejo, que no osa luchar contigo, quiere que la mano de una niña te aseste el golpe mortal; pero él mismo caerá en su tosco lazo: sí, el arma de que piensa valerse, te defenderá de él. Lakmi, prendada en secreto de tu belleza, te adora, y para salvar tu vida, te ofrece la suya. Si no procuras evitar tu muerte, no brillará el nuevo sol para tus ojos: así pues, frus-

tra su crimen, anticipándote á él. ¡Esteriliza esa vil asechanza que con trabajo te tiende. Yo me brindo á guiarte, á asegurar tus pasos: ¡sé mi vida, Asrafiel! yo seré tu muerte!

«Tén tus cómplices apercebidos para el golpe que es preciso asestar. Que sus sentidos vigilantes se abstengan hoy de todo deleite. Esta noche, en el momento en que el tirano de los dioses me indique con una seña que ha llegado la hora de tu muerte, fulminada por el veneno que para ti he de preparar, la palidez del sepulcro será su diadema. ¡Su cadáver caerá á tus plantas! Así pues, ¡silencio, audacia, amor! ¡Una niña te ceñirá la corona!...»

Asombrado Asrafiel, la vió huir sin aguardar que le expresara el horror retratado en sus ojos.

—¡Ah insidiosa serpiente! ¡reptil inmundito! exclamó. ¡Puñal emponzoñado cuyo filo es la astucia! ¡Traidora que te vendes en las manos de un traidor! ¡Gusano roedor del corazón! ¡Perro que muerdes á tu amo! Si, yo dejaré que vibres tu infame dardo con todos los venenos que hay en tu mirada; arrástrate por mí, sierpe que te enroscas á mis piés; guíame, hazme lugar en el trono á que aspiro! Pero no creas, pérfida, subir á él conmigo; tú sola subirás, oh mujer de atractivos celestiales! De todas esas grandezas que este memorable día me depara, la conquista más grata á mi corazón será una mujer. ¡Sus brazos serán mi trono, y tú, Lakmi, mi escabel! Si, yo te aplastaré, vil escorpion, y al encumbrarme al sólio te estrujaré sobre tu crimen como el zángano sobre la miel que exprime!

Pero Lakmi había desaparecido ya entre la multitud, sin cuidarse más de él y con el corazón henchido de rabia.

Encaminándose furtivamente en busca de Daidha, é introducida con sigilo en aquel palacio del llanto, hallábase en presencia de la infortunada amante. Mudando Lakmi á su al-

bedrió la expresión de su rostro insidioso, la contemplaba sin despegar los labios con esa mirada fraternal que penetra en el alma y la consuela, y simulando la compasión más dulce, parecía aspirar la mitad de aquella pena.

Arrebatada Daidha á sus idolatrados hijuelos y á su esposo, servida como pudiera serlo una diosa en una mansión celeste, no era ya la candorosa heldad cuyos negros cabellos engalanaban su desnudez, sino que el oro, la plata, la seda, tejidos por sus esclavas, rodeando todo su cuerpo en voluptuosos pliegues cual magníficas trabas de sus aprisionados miembros, descendían á besar las puntas de sus piés perfumados. Esplendentes raudales de zafiros, perlas y brillantes corrían ondulando por su cabeza, y realzando la palidez de su rostro, causaban un irrisorio contraste con su dolor. Hubiérasela tomado por un iris sin sol ni rocío, ajándose en la dorada vasija en que la mano lo ha puesto. Veíanse las huellas del insomnio en sus miembros enflaquecidos; por sus descoloridas facciones corrían lívidos surcos, y en sus mejillas, de las que había desaparecido el hechicero matiz de las rosas, dos profundas arrugas indicaban el cauce enjuto de las lágrimas, á la manera que la yerba tumbada ó el musgo hollado dejan visible el sitio por donde ha corrido el manantial. Su mirada, inmóvil y fría, se fijaba en el rostro como un ojo que lo ve todo al través de una imagen: sus labios, agitados por nervioso estremecimiento, parecían murmurar frases sin sonoridad. Al presentarse Lakmi ante ella, escudriñó con insistente extrañeza aquel semblante desconocido, y Lakmi, dando pábulo á sus vacilaciones, escuchaba los latidos de su corazón.

Encubriendo por fin con mentido acento de compasión el júbilo que experimentaba, la dijo:—¡Pobre mujer y pobre madre!—Al oír Daidha estas palabras cuyo doble y sarcástico sentido no pudo distinguir, sintió su corazón conmovido, y tendió sus brazos á aquella mujer artera.

—¡Oh! Tú al ménos me compadeces! Veo que tienes alma, boca, voz: que tu corazón no es tan empedernido como los demás, y que no te obstinas en guardar su odioso silencio! ¡Oh sí! Tanta belleza, tanto candor y juventud no pueden, no, servir de máscara á pérfidos proyectos. Pero dime: ¿qué hacen? ¿dónde están? ¡Háblame de ellos! ¿Y Cedar?... ¿y mis dos ángeles?... ¿qué seno les amamanta? ¿No es cierto que él me llama? ¿Verdad que son muy hermosos?... ¡Ah! háblame á la vez de ellos y de él...

Su mismo afán ahogó la voz en la garganta de Daidha, que aplicó la boca á las manos de su rival.

Lakmi se mordió sus pálidos labios para ocultar su emoción.

—¡Pobre mujer! exclamó: ¡sí, los he visto! Le he visto á él, esclavo de los gigantes, y á ellos, hambrientos y desnudos!

—¡Esclavo! gritó la atribulada esposa: ¡esclavo, él, dios del mundo y de mi alma! ¡Él, á quien no sujetaban más cadenas que las de mis brazos sobre este corazón ardiente! ¡Él, á quien profanaban las viles miradas de los mortales! ¡Él, por quien romperían sus rayos en el cielo esos globos de luz para servir de polvo á sus plantas! Esclavo! Cuando una mirada suya sería capaz de fulminar á los dioses!... ¿Los has visto, es cierto? ¿Los has tocado? ¡Oh cisnes sin plumaje que se cobijaban en mi seno! ¿Tenían frío y sed? ¡Ni siquiera les daba su leche una gacela!...

«¡Oh! ¿cómo es posible que vuestras mujeres no tengan regazo para ellos? ¿Que sus venas carezcan de sangre y sus pechos de leche? ¡Oh! Toda mi sangre correría al través de estos muros para nutrir cariñosa á esos frutos de mis entrañas! Sí, llévate, llévate cuanta tengo para alimentarlos!

»¡Mónstruos! ¿Y sereis capaces de permitir que mueran esos ángeles?»

Lakmi sintió resonar en su corazón el grito de la naturaleza

—No morirán por falta de alimento, contestó; al oír sus vagidos, todos los días acude alguna madre secretamente á aplacar su hambre, y los levanta del suelo y reclina en sus brazos, satisfaciendo su necesidad con un resto de leche.

—¡Del suelo! exclamó la madre poniéndose de pié. ¡Del suelo duro y helado! Dime, dímelo todo! ¿Han arrojado sus delicados miembros en la tierra desnuda? ¿Ni siquiera los han tendido sobre las alfombras de esas cámaras? Esos tiernos cuerpos, que tan blando lecho tenían en mis brazos, que habían arrugado los pliegues de mi seno materno, ¿yacen ahí desnudos sobre la arena ó el mármol, cual pajarillos caídos del nido al pié de un tronco? ¿No hay nada que les depare abrigo en su triste desnudez?

—¡Ay, no! dijo Lakmi.

—¡Oh mónstruos de crueldad! ¡Hombres cuya maldad asesina á los ángeles! Pues bien; mis cabellos les servirán de pañales. ¡Oh, no te niegues á satisfacer mi postrer deseo, y hazles un blando lecho con mis cabellos! Extiende bajo el cuerpo de esa tierna pareja las trenzas largas y sedosas de mi frente privadas de ellas! Cubre su blanca piel con estos rizos: ¡los he envuelto tantas veces en ellos! ¡Se han adormecido tantas veces en mi regazo tapados con estas ondulantes matas que entreabrían con sus candidas manecitas! Les gustaba tanto enroscar estos negros anillos, y tanto me complacia yo en ver como jugaban con ellos con sus tiernos dedos, que los conocerán por el olor, y se creerán aún al abrigo del seno de su madre!

Y mientras así decía, iba cayendo su hermosa cabellera en largas matas al filo de las tijeras, y acumulándose á sus piés como los pliegues de la larga cola de un manto. Cuando formaron un monton que le llegaba á las rodillas, los recogió y depositó en los brazos de Lakmi, diciéndole:

—Toma ¡oh! toma, y llévaselos pronto! Llévaselos mientras aun conservan el calor de esta frente que de ellos se ha privado! Permite que mis labios se posen en tu mano, y ven pronto para devolverme su beso!

Salió Lakmi, cargada con la ondulante seda, disimulando su júbilo infernal: volvió á su palacio, y ocultó á toda mirada profana aquel depósito precioso que iba á aumentar sus atractivos.

Tan luego como la hubo escondido, y observando que el sol se acercaba rápidamente á su ocaso, burló como siempre la vigilancia de los gigantes y se encaminó presurosa al calabozo de Cedar. Al llegar á presencia del jóven, arrastróse humilde á sus piés como una tigre, diciéndole con dulzura:

—¡Oh Cedar, por quien vela mi corazon como una lámpara! ¡Oh tú, el sueño más dorado de Lakmi! ¡Tú, á quien adoro como dios con el nombre de amigo! Levanta por fin esa frente abatida por el infortunio y bendice una vez tan sólo mi ternura importuna! Hoy termina la esclavitud de tus miembros sagrados. Reunido mañana con Daidha merced á mi solicitud, el sol te verá en libertad, y emprendiendo la fuga hácia esos montes, podrás, oh hijo del cielo, remontarte á tu divino origen!

«No perdamos el tiempo en inútiles palabras: no me preguntes nada, pero escucha y conserva en la memoria lo que voy á decirte. Esta noche va á estallar en Balbeck una gran conjuración, cuyo sangriento drama empezará por la muerte de Nemped. Su muerte pondrá el acero en manos de nuestros tiranos; su ponzoñosa sangre correrá á torrentes; un incendio voraz rodeará estas murallas; todos los dioses tomarán parte en los divinos combates, y subiendo para luchar á las cúspides de sus torres, dejarán sin guardianes estas galerías tenebrosas. En la confusion de la horrible refriega, quedará abierta para tu fuga una puerta de hierro, practicada en el granito. Una esclava cubierta con un velo, tan discreta como

fiel, te designará el camino tan luego como observe la señal que al efecto le haré, y cuando tus piés hayan traspuesto la bóveda de la puerta y llegues á un bosque de cipreses que habrás de atravesar, la esclava entregará á Daidha en tus brazos.

»Huirás con ella siguiendo las orillas del rio, sin decirle ni una de las palabras que tanto anhela escuchar su pobre alma, ni detener un momento tu rápido paso para estampar un beso en su frente, pues tu salvacion y la suya dependen de tu silencio y celeridad. Huye como el corcel acosado por el tigre; huye miéntras la dulce carga que estrecharás contra tu corazon no postre tu vigor en la carrera. No te detendrás sino cuando falte solamente una hora para que raye el alba, en un recodo del rio, al pié de un sicomoro: seguro ya de que nadie ha de arrebatarte tu tesoro, la depositarás allí, y me aguardarás sentado, pero sin romper todavia el silencio. Antes que empiece á despuntar la aurora, iré allí á reunirme contigo con tus gemelos, y entónces podrás disfrutar de tu dicha entera. Huiremos juntos, ella, ellos y yo. Y si quereis que Lakmi pueda soportar el peso de la vida, sereis tan compasivos que me permitais acompañaros; ó bien me dirás: «¡Muerel» y me ahogarás en tus brazos como un mísero perro. Adios, las horas pasan, y el tiempo apremia: ya me manifestarás tu gratitud al pié del sicomoro.»

Dijo, y entregándole una lima, le hizo una seña que Cedar comprendió, exclamando al propio tiempo:

—¡Hasta mañana!

